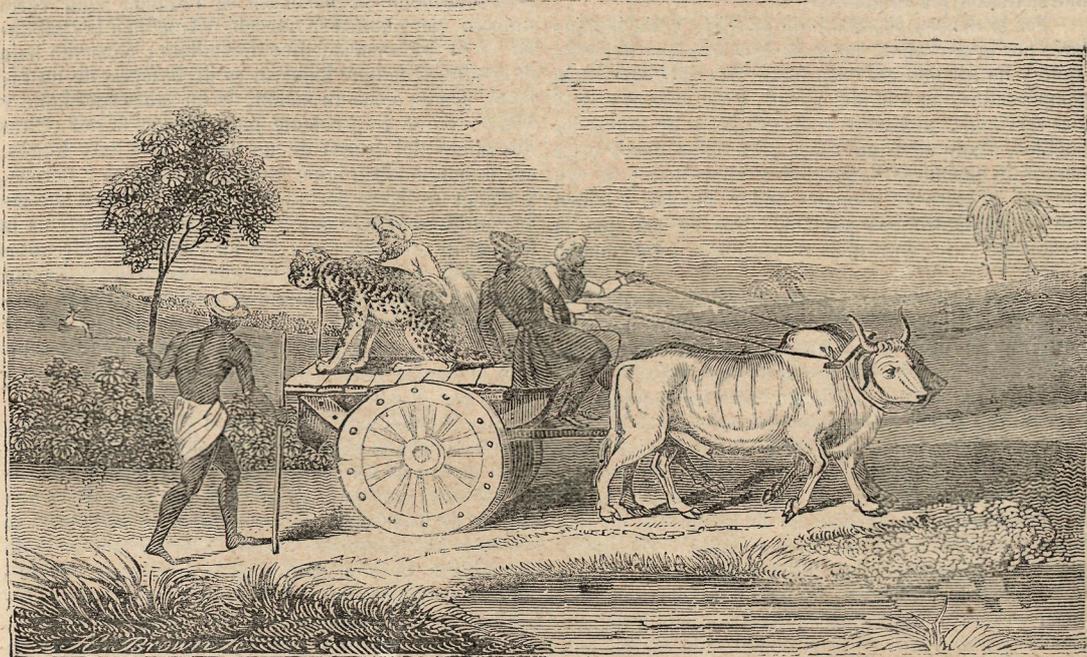


los medios de volverle á la vida. Algun tiempo despues que un enfermo, muerto de edolencia, de languidez, ha dado el último suspiro, se le pegan grandes puñadas, se le frotan los costados y se le sacude por todas partes. Si no se nota en él síntoma alguno de vida, se le entierra el mismo día por la tarde, despues de hacer, sin embargo, otra nueva tentativa para despertarlo del letargo en que podía haber caído. Cuando muere un jóven repentinamente, se recurren á otros medios para ver si ha muerto realmente: se le punza el pie con una flecha, se le aplica fuego rojo junto á la nariz y se le frota en distintas partes del cuerpo. Si no da señales algunas de vida se le entierra al día siguiente por la tarde. Llegado el momento se saca el cadáver fuera de la cabaña y se le coloca delante de la puerta, donde clavan en él sus ojos las personas de la familia, que continúan rindiéndole este tributo veinte y ocho días despues de haber sido enterrado, á fin de impedir que se acerquen á él las fieras. Esta última

cantar toda una noche un mismo asunto, repitiendo mil veces las propias palabras. Tambien aman con frenesí el baile, que no vale menos que la música.

La lengua de los hotentotes ha espantado siempre las lenguas extranjeras, y sin embargo, puede aprenderse con mas facilidad de lo que á primera vista se cree, aunque la pronunciaciön presenta dificultades y tiene tanta mas importancia cuanto que ella decide muchas veces del sentido de las palabras, que pueden significar varias cosas, segun la manera con que se pronuncian, es decir, segun el castañeteo de la lengua que le precede ó le acompaña. Se distinguen tres clases de castañeteos: el débil, que se parece al ruido pequeño que se hace cuando asediados por un importuno queremos demostrarle, sin decir una palabra, que nos impacienta: el segundo es mas fuerte ó imita el sonido de un ginete cuando quiere acelerar la marcha de su caballo, y el tercero tiene mucha mas fuerza todavía. Estos aullidos, permítasenos la espresion, tienen



Caza por medio de la pantera en Africa.

precaucion es tanto mas necesaria, cuanto que el cadáver se deposita á poca profundidad, sin cubrir la tierra mas que con algunas piedras que serian poco obstáculo para el chacal y la hiena.

El matrimonio se efectúa con igual sencillez que los funerales. A los doce ó trece años es nubil una muchacha, y desde que un jóven gusta de ella, alcanza permiso de sus padres para vivir con él. Toda la formalidad, pues, del casamiento se reduce á una promesa pura y simple de vivir juntos mientras se convengan. Tan luego como es necesario se separan fácilmente, y el solo hecho que denota las nupcias, es un festin costeado por ambos. Los parientes dan algunos animales á los esposos, los cuales construyen una cabaña y quedan casados.

Su música es tan sencilla y grosera como la de los demas negros: son poetas improvisadores, y pueden

ademas una modulacion diferente, y pueden ser mas ó menos difíciles de ejecutar, segun la letra ó la silaba que hieren, y con las cuales es preciso que se liguén para que no haya contrasentidos. Esta singularidad en la lengua de los hotentotes, es demasiado rara para que no nos hiciéramos cargo de ella aqui.

Los salvages de que nos ocupamos, tienen, como es fácil presumir, escasísimos conocimientos; miden el año por las épocas de la sequedad y la lluvia, division general, como habrán visto nuestros lectores, para todos los habitantes de los trópicos. Dichas épocas las subdividen en lunas, y los días no los cuentan sino por el número de los dedos de sus manos. Despues de esto no marcan día ninguno sino por algun acontecimiento particular, como una tempestad horrenda, un elefante muerto, una emigracion. Los instantes del día los graduan por el curso del sol, y os dicea

mostrando una parte del cielo con el dedo: «Allí estaba cuando partí, y aquí cuando he vuelto.»

Las mugeres quieren mucho á sus hijos; desde que nace uno no abandona el seno de su madre, la cual se sujeta esta dulce carga con un delantal que lo oprime al cuerpo, y una correa que le impide caerse. En el trabajo, en el baile, en el campo, en todas partes se verá á la madre con su hijo, sin que haya cosa alguna para lo cual lo abandone.

### COLONIA DEL CABO.

Cuando se llega al Africa por su estremidad mas meridional, el cabo de Buena Esperanza, admira la belleza de las costas, que ora parecen de púrpura, ora de color de oro, merced á la multitud de flores que las adornan. La Punta Verde y la montaña del Leon, prestan al paisaje un aspecto muy pintoresco. Al pie de estas elevaciones cuya altura varia de 2 á 3,000 pies ingleses, se estiende la ciudad del Cabo.

«Nada mas agradable, dice Burchell, que el aspecto de esta ciudad, que desde la orilla del mar, se estiende á través del valle hasta las montañas de que está por todas partes rodeada; ella encierra mas de veinte calles, que cortándose todas en ángulos derechos, corren, ó en direccion Nordeste paralelas á la ribera, ó en direccion Sudoeste hácia la montaña de la Mesa. Estas calles, aunque no tienen pavimento, se conservan siempre en buen estado y reciben agradable frescura de los hermosos árboles que de trecho en trecho hay en una y otra acera. Las casas, construidas de ladrillos, están esteriormente embellecidas con cornisas y otros adornos arquitectónicos, y algunas veces hasta con figuras en relieve. Delante de cada casa, y de la misma longitud, hay una plataforma de paseo, por lo ordinario de tres metros de anchura, y comunemente levantada un metro, veinte centímetros sobre el nivel de la calle, subiéndose por una escalera de algunos tramos. A esta plataforma acostumbran á ir los habitantes por la tarde para pasearse y hablar con los amigos. Los techos son raros y casi horizontales, sin mas que el grado de inclinacion exactamente necesario para la corriente de las aguas. La madera que mas se usa para estas construcciones es la que llaman stinck-hont, madera muy bonita, que por su color y calidad se asemeja á la caoba, y que se emplea tambien en los muebles. La dulzura de los inviernos es tal en el Cabo, que en ninguna parte se ven chimeneas mas que en las cocinas. En el interior, al primer golpe de vista, los aposentos parecen desnudos porque no usan tapices; pero la altura y estension de las piezas les dan, ademas de bastante frescura, mucha magnificencia. En la parte exterior, por el contrario, las casas mismas de los mas pobres se distinguen por su elegante arquitectura.

El Cabo encierra dos iglesias; una sirve á los calvinistas y á los anglicanos, otra á los sectarios de Lutero, que son muy numerosos. Ademas hay una sala grande abierta á los predicadores de todas las religiones. Por último, los malayos han hecho tambien un edificio consagrado al ejercicio del culto mahometano, con un sacerdote regularmente establecido, á quien ellos mismos pagan.

La residencia del gobernador de la colonia está situada en la ciudad y en medio de un jardín que consiste en muchos montículos de tierra, sembrados en su mayor parte de hermosas encinas. Este jardín, que

ofrece durante el calor del dia el mas delicioso de los paseos, se halla abierto para el público en todo tiempo y á todas horas. El lugar donde los holandeses tenian en otro tiempo un parterre no era desde 1815, dice Burchell, mas que una insignificante huerta.

«Cuán hermoso parterre, añade nuestro viajero, podria formarse con la mayor facilidad únicamente con las plantas y flores indígenas; pero no, el hombre cuenta entre sus raros caprichos el de despreciar en todas partes aquello que se le ofrece, lo que no le costaria trabajo alguno, mientras que busca objetos lejanos y de trabajosa adquisicion, que bien examinados no encierran valor alguno. Por esta regla, pues, en la ciudad del Cabo son muy estimadas las flores mas comunes de Europa, y se desprecian las admirables producciones de aquellas montañas.»

La parte de Africa á que puede darse el nombre de península del Cabo de Buena Esperanza encierra la ciudad del Cabo, la bahía Campo, la bahía Hont y la ciudad de Simous'tadt. Casi toda ella no consiste mas que en una cordillera irregular de montañas que comienzan en la cumbre del Leon, y terminan en el cabo Punta, el cual es el cabo de Buena Esperanza propiamente dicho, cabo Tormentoso ó cabo de las Tempestades, descubierto el año 1483 por el portugués Bartolomé Diaz, y doblado en 1498 por otro portugués insigne, por el famoso Vasco de Gama, cantado en versos inmortales por el gran poeta lusitano. Esta península está unida al continente por un istmo llano y arenoso, de 13 millas inglesas de anchura.

La colonia inglesa que lleva el nombre de Gobierno del Cabo, confina al Norte con la Hotentocia, de la cual se halla en parte separada por los montes Nieuw-reld y Roggerreld; al Este por la Cafreria, que como ella tiene por limites el rio del Gran Pescado; al Sur por el Océano Indio y al Oeste por el Atlántico. Está comprendida entre los 29 y 35° de latitud Sur, y entre los 15 y 25 de longitud Este. Su longitud de Este á Oeste es de 920 kilómetros, su anchura media de 280 y su superficie 60,000 cuadrados. Al Norte de la colonia se estienden una porcion de territorios estériles que la falta de agua hace inhabitables, y que se conocen con el nombre de kasro, que en la lengua hotentote quiere decir seco. El suelo está compuesto de arcilla y de piedra, es muy llano, y aunque falto de yerbas, generalmente se halla cubierto de maleza y de plantas jugosas. En la estacion de las lluvias se desarrolla, sin embargo, una vegetacion mas abundante, y entonces los pastores vecinos se trasportan con los rebaños á estas llanuras.

El país, cortado en distintas direcciones por muchas cordilleras de altas montañas, está dividido en siete distritos principales, cuya estension no guarda proporcion alguna. Los distritos son los siguientes: del Cabo, de Stellenbosch, de Tulbach, de Swellendam, de Graham's-Town, de Graaf-Reynet y de Albany. Los hemos enumerado en orden á su distancia del Cabo. Cada uno de estos distritos es administrado por un representante del gobernador general, que goza de una autoridad casi absoluta, y cuida de la ejecucion de las leyes y de los reglamentos. Las haciendas ó cortijos son muy vastos, especialmente las de los distritos lejanos, y algunos hay que ocupan una circunferencia de terreno, cuyo diámetro no baja de cuatro kilómetros; pero la falta de obreros y el alejamiento de los mercados hacen que sus arrendatarios ó dueños no cultiven sino lo absolutamente necesario.

La manera única de viajar por el país es en la trasera del caballo ó en carros tirados por bueyes, cuyo número asciende á veces á 16 ó 18.

Los habitantes de los distritos de la colonia son en su mayor parte holandeses, porque fueron colonos de Holanda los primeros que se establecieron en la ciudad del Cabo en 1631 bajo la direccion de Van-Riebeck. Muchos hay de origen alemán, y de 1680 á 1690 una porcion de familias francesas arrojadas de su país á causa de las persecuciones de que eran objeto entonces los protestantes, se refugiaron en el Cabo de Buena Esperanza; tambien la Suecia y la Dinamarca en diferentes épocas han enviado á esta parte del Africa muchos de sus hijos; por el contrario Inglaterra, que cuenta allí muy pocos. Los hotentotes de la colonia son mucho menos numerosos que los blancos; pero si les añaden los esclavos, el guarismo de la poblacion negra sube considerablemente. Las naciones limítrofes de la colonia son los hotentotes-namaques al Norte Oeste, los hotentotes bosjemanes ú hombres de los bosques al Norte y Nordeste, y en fin, los kousas ó cafres al Este. El establecimiento del Cabo fué tomado por los ingleses por la primera vez el año de 1796; pero concluida la paz entre los dos pueblos, fué restituído á la Holanda en febrero de 1803. No tardó mucho en renovarse la guerra, y en 8 de enero de 1806 cayó de nuevo en poder de los ingleses, siéndoles confirmada la posesion por el tratado de 1814.

Una de las escursiones mas interesantes que pueden hacerse en los alrededores del Cabo, es á la montaña de la Mesa; pero es preciso armarse de resolucion y valor para acometer tan penoso acceso, en el cual á veces hay que salvar pendientes de 35, 40 y 45 grados. Aunque desde abajo la montaña parece llana y unida, la superficie, vista de cerca, presenta una multitud de asperezas en extremo difíciles y violentas.

La elevacion de la Mesa sobre el Océano es de 3,582 pies, y desde la cumbre, como puede imaginarse, la vista que se alcanza es inmensa. Primeramente, dice nuestro viagero, no se apercibia al Sur y al Oeste mas que la misma montaña; pero mas allá se estendia el Océano, y un poco mas a la izquierda aparecia el promontorio del Leon. La isla Danssen aparecia á lo lejos en el mar, y continuando la mirada por la derecha se distinguia débilmente á través del vapor, la parte occidental del Africa, vecina de la bahía de Saldaña. A menos distancia y mas á la derecha estaba la isla de Kobben, mientras que al Nordeste del lado opuesto de la bahía de la Mesa, una série de montañas seguidas de tres mas altas, se escalonaban hasta la Holanda Hotentote. Bajo nuestros pies, como una carta cuidadosamente dibujada, se destacaba la ciudad del Cabo.

Esta montaña está habitada por una especie de mono grande, de piel verdosa, llamado bariáon, ani-

mal que se encuentra tambien en diversas partes del Africa Meridional.

El cabo de Buena Esperanza, por su posicion topográfica es muy interesante como estacion militar y naval, como centro de comercio, y por último como posesion territorial. Su distancia de la costa del Brasil exige un mes de travesía; pero en seis semanas se puede ir del Cabo á las colonias holandesas del Surinam, de Demerary, Berbice, Essequiba, y á las otras islas de las Indias Occidentales y del mar Rojo. Para ir á las costas de Malabar y Coromandel son necesarios dos meses de navegacion. Tampoco el geógrafo Balbi vacila en considerar el Cabo como uno de los puntos mas importantes del globo, bajo el aspecto militar y comercial, porque dice que esta ciudad es la plaza mas fuerte del Africa, y el punto de escala ordinario de los buques que van ó vuelven del Asia.

El valor del territorio del Cabo no puede estimarse segun la estension de su superficie, que ya hemos dicho, la cual se halla cubierta en muchas partes de montañas áridas y llanuras poco productivas. Los rios que cruzan el país presentan pocas ventajas para la agricultura y la navegacion; el principal es el de los Elefantes, que corre en direccion septentrional al pie de la cordillera occidental de montañas, yendo á morir al mar Atlántico. Distinguese tambien el rio de las Montañas, llamado asi porque tiene su nacimiento en las montañas vecinas al valle de Drakenstein; su embocadura está cerca de la bahía de Santa Elena.

Los holandeses, siendo dueños de esta colonia, ensayaron con fruto la aclimatacion en ella de las viñas. En Constancia ó Constanza, poblacion regular situada á poca distancia del Cabo, se recogen vinos que tienen una justa nombradía, y cuyas uvas son originarias de la Borgoña.

El promontorio que domina la colonia, situado en la estremidad de la parte meridional del Africa, recibió primeramente el nombre de cabo de las Tempestades; pero á este nombre sustituyó Juan II, rey de Portugal, el de Cabo de Buena Esperanza, porque creyó que se iba á descubrir por él el paso á las Indias, tanto tiempo deseado.

Para concluir, diremos que los ingleses continúan dueños del territorio de que hemos hablado, procurando sacar de él las mayores ventajas posibles, aunque no dejan de tener sus inconvenientes al mismo tiempo, pues los cafres, sus vecinos, pueblo indómito y salvaje de que hemos hablado, se preparan ahora con mas furor que nunca á sostener su independencia, y aun se atreven á hacer escursiones por el país colonial. En nuestros dias han sido teatro aquellos sitios de combates sangrientos en que han muerto numerosos cafres é ingleses, y hoy mismo despliega la Inglaterra allí un rigor parecido solo á la ferocidad de aquellos incultos pueblos.

# APENDICE ADICIONAL AL AFRICA.

Pormenores curiosos acerca del Africa, sacados de la obra moderna titulada: *Aventuras extraordinarias de los viajeros célebres.*

## ASCENSION AL PICO DE TENERIFE.

En el mes de octubre de 1837, dos corbetas francesas que se dirigian á las regiones australes, tocaron de arribada en Tenerife con objeto de refrescar víveres y practicar algunas observaciones de fisica.

Mr. Dumont d'Urville dispuso hacer una expedicion al pico de Teyda; y héla aquí referida en los propios términos que lo ha hecho uno de los oficiales de la expedicion:

Por medio del vice-cónsul francés adquirimos los caballos y guias indispensables á nuestro propósito; los caballos debian trasladarnos hasta Orotava, distante siete leguas de Santa Cruz. Provistos de vino del pais, mas propio para resistir al calor que los vinos de Francia, montamos á caballo y nos pusimos en camino. Nuestra caravana se componia, entre otros, de Mr. Dumulin, ingeniero de la expedicion, de monsieur Coupven-Deslois y de Mr. Lafarge, oficiales de marina: los dos primeros estaban encargados de las observaciones de fisica, y el último iba armado de su martillo de geólogo. Al salir de la ciudad emprendimos el camino de Laguna, que sigue á las alturas inmediatas; por espacio de una legua se halla este camino perfectamente conservado y no ofrece mas dificultad que las naturales de la rápida inclinacion del terreno; pero mas adelante cesa, por decirlo así, su trazado, y se asciende por entre las asperezas de la montaña. A los lados del camino habia, entre los reducidos planos que dejaban los peñascos, algunas tierras que habian estado sembradas de maiz, y cuyas mies acababa de recolectarse; tambien se veian dispersadas algunas chozas habitadas por gentes que revelaban en su fisonomía sumo estado de pobreza. Conforme nos acercábamos á Laguna presentaba el campo mejor aspecto, y una vez en la planicie, en que está edificada la ciudad, divisábamos á su alrededor campos de trigo y maiz y jardines en plena belleza, rodeados de muros guarnecidos de emparrados y enredaderas.

A la entrada de la ciudad se encuentra una gran plaza, rodeada de hermosos edificios; sus calles son anchas, regulares y provistas de aceras como las de Santa Cruz; pero están casi desiertas. Sin embargo, al ruido de los caballos é impelidas por la curiosidad, asomaban la cabeza por las ventanas algunas lindas muchachas, que dirigian una ojeada á nuestra extraña cabalgata. Naturalmente acortamos el paso por contemplar sus agraciados rostros á pretexto de saludar cortesmente, contestando ellas á nuestro saludo con ese tono de franca é inocente urbanidad que caracteriza las costumbres españolas.

Una parte de la ciudad, los campos vecinos y los jardines de Laguna constituian en otro tiempo un lago en que se acumulaban las aguas que bajaban de las montañas inmediatas; á causa de su altura sobre el nivel del mar disfruta de temperatura mas agradable que Santa Cruz. Sus amenos jardines prestan un encanto y una frescura al ambiente que hace muy agradable su residencia. Los campos estaban cubiertos de rastros, testigos mudos de la última recoleccion, y aun se veia ya comenzar las operaciones de labranza, con arados tirados por bueyes de escasa corpulencia. Este espectáculo campestre tenia para nosotros vivísimo atractivo: alejados de la vista del mar y rota la uniformidad de la vida que se hace á bordo, nos considerábamos en aquellos momentos como trasportados en medio de nuestros campos. El camino, á medida que avanzábamos, se hacia mas practicable y el pais mas ameno; al cabo de una hora comenzó á estrecharse la llanura, y á medio dia llegamos á *Agua Garcia*, uno de los sitios mas pintorescos de todo el camino.

En este sitio cruza la calzada un acueducto de madera, sostenido á una veintena de pies, por el cual corre un abundante caudal de agua, que abastece el pueblo de Tacorente, que divisábamos á lo lejos. A la izquierda hay un abrevadero, en cuyo sitio tienen por costumbre los viajeros detenerse á descansar y dar de beber á los caballos. Hicimos en aquel sitio un alto de media hora, el cual empleé en andar siguiendo el curso de las aguas; cuando llegué á la cúspide de la

colina me hallé dando vista á un encantado valle, sembrado de habitaciones, á través del cual serpenteaba un acueducto, tan sencillo en su construcción, que recuerda la infancia del arte y de la civilización. Mis deseos hubieran sido recorrer aquellos sitios; pero la escasez del tiempo me estorbaba realizar tan buen propósito.

Las casas dispersadas por la llanura y los amenos jardines y alamedas, no me ofrecieron obstáculo para llegar hasta Tacorente, pueblecito situado á orillas del mar, en una posición en extremo agradable, porque todo es fértil á su alrededor. La llanura está surcada por lechos profundos, practicados por las aguas de los arroyos, cuyas orillas están guarnecidas de catus. Recobrados un poco del cansancio del camino, abandonamos á *Agua García* dirigiéndonos á *Matanza*; en el tránsito encontramos á cada paso aldeanos de tez tostada, y que á no saberlo revelarían ser españoles en su ademán grave y tranquilo: como todos los montañeses, eran vigorosos y bien formados; algunos preguntaron á nuestros guías si éramos ingleses, porque viajeros de esta nación es lo que en todas partes del mundo están acostumbrados á ver. Al emparejar con nosotros nos saludaban con aire tan respetuoso que nos admiraba: en Tenerife la distinción de categorías conserva mucho prestigio; el orgullo democrático no ha penetrado aun bastante para que el aldeano crea poder sustraerse, rehusando saludar á una persona de clase mas elevada, del yugo de desigualdad que, á pesar de todo, existe en los países mas democráticos. En estos considero una exageración funesta la idea que tiende á abolir una costumbre patriarcal, que no tiene nada de humillante y que tiene su lado de útil, pues la muestra de reciproca benevolencia de dos hombres que se encuentran en un camino y se saludan, no puede menos de ejercer una feliz influencia en las relaciones de los que las componen; así, pues, no juzgué á los habitantes de Tenerife poco civilizados por estas muestras de deferencia; las jóvenes aldeanas, vestidas con sencillez y con todo el aspecto de salud y belleza pasaban á nuestro lado dando la misma prueba de urbanidad.

No pasó mucho tiempo sin que encontráramos un compatriota que rebosaba de alegría al hallarse entre franceses, y con ocasión de hablar el idioma patrio; su contento fué tal, que estuvo tentado de abandonar sus asuntos de Santa Cruz por acompañarnos hasta el Orotava. Tenía á su cargo la dirección del jardín botánico, y después de facilitarnos plantas y semillas, nos despedimos con toda la efusión que inspira el sentimiento de paisanaje en tierra extraña.

Al separarnos de nuestro compatriota, atravesamos un precipicio profundo, formado por una ancha fractura, que parecia producida por las capas de basalto que se elevan de la costa. Estas rocas dominan el camino á una altura de 40 pies. Volviendo hacia la izquierda, pudimos contemplar ante nuestros ojos toda la parte occidental de la isla mas nombrada por sus viñedos: el cultivo en aquellos parages es muy esmerado; los dos lados del camino están bordados de sembrados y de viñas. Antes de llegar á *Matanza* quisieron nuestros guías hacer un alto; pero hallándonos aun demasiado cerca de la ciudad, les animamos á que continuaran, dándoles algunas de nuestras provisiones. La posada de *Matanza* se parecia á todas las posadas en general; sus paredes estaban tapizadas de malas estampas, que representaban la vida de *Genoveva* de

Bravante. El pueblo se componia de unas 40 casas alrededor de una modesta iglesia, sin contar las chozas habitadas por familias pobres.

De *Matanza* á *Vitoria* el camino es escabroso y difícil; el país se halla enteramente plantado de viñas; á la derecha, á una distancia que varía de una á dos leguas, se divisa la mar; á la izquierda en lontananza elevadísimas montañas. El pueblo de *Vitoria* se compone de un centenar de casas; en la calle principal se ven una porción de pequeños monumentos, que son otros tantos nichos de santos y vírgenes, objetos de la veneración del pueblo. La campiña que miráramos á nuestros pies estaba poblada de aldeanos de los dos sexos, ocupados en la vendimia; pero á la altura en que nos halláramos estaban aun distantes de madurar los racimos.

Desde aquella elevación descubrimos el puerto de *Orotava*, pueblo que posee un mal fondeadero, muy frecuentado, sin embargo, de los patronos de barco, que vienen á él para cargar los vinos mas nombrados de la isla. Crecia la extensión de la llanura á medida que avanzáramos, y no tardamos en descubrir toda la ciudad de *Orotava*, situada en declive, y en una de las posiciones mas deliciosas que puede imaginarse. A las cuatro llegamos á *Orotava*; sus calles son anchas, bien empedradas, pero molestas á causa de la rapidez de sus cuestas. Sus casas, fabricadas con piedra de lava negra, propenden á la arquitectura árabe y tienen un carácter de originalidad agradable á la vista, sin embargo de que lo mas notable que se observa en esta villa es la rara abundancia de aguas, que esparce una frescura deliciosa. Nos apeamos cerca de la iglesia, en una posada que nuestros guías ensalzaron, diciendo habia hospedado últimamente á un príncipe francés: no obstante, como es única en el pueblo, no necesitaba esta recomendación para escogerla como alojamiento. Las dos horas que restaban de día las empleamos en visitar el pueblo y sus cercanías; visitamos la iglesia, que ofreció poco de particular; en seguida, aceptando la oferta que se nos hizo de acompañarnos al jardín botánico, caminamos cerca de un cuarto de legua por entre un campo delicioso, sembrado de casitas de recreo, hasta llegar al sitio designado. Allí nos recibió la señora del director por ausencia de éste, y recorrimos el establecimiento, el cual nos pareció bastante descuidado. Debe su creación á un opulento español, natural de Canarias, que quiso dotar á su país de todas las producciones de las comarcas tropicales; á pesar de todo posee bastantes riquezas vegetales.

De vuelta al pueblo, entramos en la posada, donde nos esperaban impacientes nuestros camaradas, que habian llegado despues para cuidar sus barómetros; en seguida nos pusimos á la mesa y comimos con gran apetito.

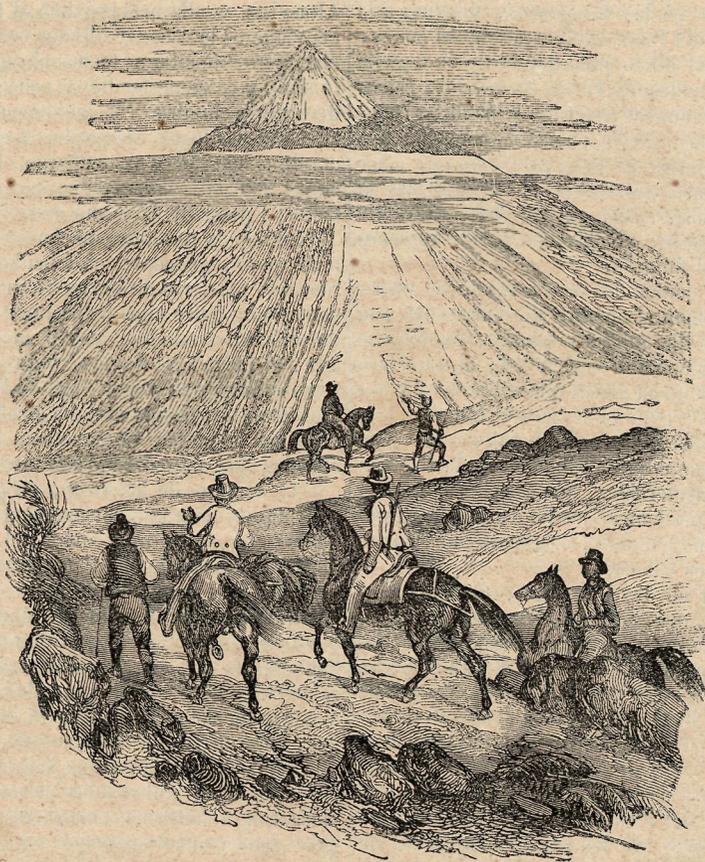
Al día siguiente nos levantamos muy animosos; cargamos nuestros instrumentos, y hasta el agua en distintos bagajes, y nos hicimos acompañar por un guía especial que conociera las soledades inmediatas al Pico, frecuentadas por reducido número de personas. El tiempo estaba sereno y despejado, como era menester para asegurar el buen éxito de la expedición; con lluvias tan copiosas, como las que caen en la montaña, hubiera sido peligroso y hasta imposible llegar arriba.

A las cinco y media de la mañana estábamos en marcha provistos de agua y víveres para dos días, sin

contar lo que cada uno llevaba para sí. Salimos del pueblo por un camino escabroso y sembrado de piedras, que gracias á nuestros excelentes caballos salvamos prestamente. Empezaba á despuntar el día; pero á aquella hora el silencio que reinaba en el pueblo, la sombría tinta de sus casas, el estilo de su arquitectura, el leve susurro que se percibía de la montaña y el producido al alzarse las olas del mar daban á todo lo que nos rodeaba un aire de severidad que invitaba al recogimiento, y contra el cual nuestra alegría, naturalmente expansiva, combatía trabajosamente.

Durante tres cuartos de hora seguimos un sendero estrecho que abordaba precipicios cubiertos de resbaladiza lava. A nuestra izquierda divisábamos caba-

sa elevacion, matorrales de brezo y tomillo, á cuyo derredor se veian revolotear algunas mariposas y pájarillos, aunque en poco número; en cambio abundaba en caza de liebres y conejos; pero desgraciadamente no teniamos ni tiempo ni medio de entretenernos en esta diversion. Un poco mas arriba se despejó la atmósfera, pero la vegetacion disminuía de intensidad; hicimos una pausa para que descansaran nuestras cabalgaduras, y en este momento el sol disipó las nieblas y pudimos considerar bien á gusto el camino que acabábamos de recorrer; dejábamos á la espalda toda la série de eminencias que separa á Orotava de Laguna, y á nuestro frente la entrada de *Gargantas* y el pico que se destaca magestuosamente de su base, y que parece va á perderse en las nubes. Varios aldea-



Ascension al pico de Tenerife.

ñas rodeadas de higueras, catus y enredaderas, y á la derecha dilatados viñedos formando albitanas como en Provenza y en todo terreno escarpado. Llegamos en seguida á un frondoso valle cubierto de castaños enormes cercados de paredes fabricadas de basalto. Después de este valle, descubrimos algunos campos sembrados de maíz, y mas allá terrenos completamente estériles; á poco habiamos entrado en lo que se llama la region de las nubes, porque siempre velaban algunos celages el paisaje que teniamos á los pies, ofreciéndonos, cuando interceptaban la vista del mar y les venia los rayos del sol, apariciones verdaderamente fantásticas. Todavía en aquel terreno ya de escasa vegetacion, veiamos esparcidos algunos pinos de es-

nos que bajaban de un pueblecito situado á la izquierda de las Gargantas, el mas elevado de toda la isla, nos vendieron algunos higos y otras frutas que, en medio de la naturaleza estéril que nos rodeaba, parecieron deliciosas; otros llevaban á vender á Orotava haces de leña. Todas aquellas gentes, acostumbradas á considerar á cada paso viajeros que se dirigian á escalar el Pico, no paraban mientes en nosotros, y menos en el objeto que nos conducia, sin embargo de que no por eso se mostraban menos orgullosos, como todos los habitantes de las montañas, de las maravillas que poseian en su país. Al separarse de nosotros, nos pronosticaban buen tiempo; pero prevenian tambien que nos resguardásemos del frio.